

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES



68

LETRAS LIBRES
JULIO 2013

PERFIL

LYDIA DAVIS, UNA ESCRITORA CON ALAS

de M^a ANGELES CABRÉ

Hubo un tiempo en que los aficionados al cuento, considerado por muchos un género menor, veíamos en los grandes autores al padre literario. Nos demorábamos en sus secretos de escritorio con la devoción de un coleccionista de lepidópteros y, con unción casi religiosa, acatábamos con gusto hasta sus más accidentadas peripecias. Ciertamente habían hecho un trabajo excelente; entre otros, Borges jamás escribió una novela y en la obra de Kafka destacan, cómo no, sus relatos.

Hace ya unos años que algunas madres literarias, procedentes en su mayor parte del universo anglosajón (Atwood, Munro, Oates...), han renovado la *short story*. Las hallamos por lo general en habitaciones bien ventiladas con vistas a algún jardín, acaso no tan señorial como el de Isak Dinesen en Rungstedlund ni tan versallesco como el de Edith Wharton, pero jardín al cabo. El Olimpo del cuento, la modalidad que Cortázar asimilaba a la fotografía –al ser la novela prima hermana del cine–, empieza a ser un

espacio compartido y construido en masculino y en femenino.

Lydia Davis (Massachusetts, 1947), hija de un crítico literario y una escritora, casada en primeras nupcias con el escritor Paul Auster y en la actualidad con el pintor abstracto Alan Cote, se ha convertido en una de esas madres literarias. Profesora de escritura creativa en la Universidad de Albany y traductora del francés –de Proust y Flaubert, de Blanchot y Leiris–, ha recibido este año uno de los galardones más relevantes, el Man Booker International Prize, por su trayectoria literaria: siete libros de relatos –entre los que podemos destacar *Desglose* (1986), *Samuel Johnson está indignado* (2001) y *Variaciones de perturbación* (2007)– y una novela aún inédita en español, *The End of the Story* (1995). Un premio que ha tenido entre sus ganadores a Kadaré, Philip Roth, la misma Alice Munro y que ahora Davis obtiene después de casi cuarenta años de escritura.

Seix Barral publicó sus *Cuentos completos* en 2011 en una impecable traducción del escritor Justo Navarro. Una estimulante aventura, por lo que tiene de singular, que para los lectores en español ya había comenzado en 2004 de la mano de Emecé, que publicó *Samuel Johnson está indignado*, cronológicamente su quinto libro de relatos, del que cabe recordar la única frase de que consta el cuento que da

título al volumen: “porque en Escocia hay pocos árboles”.

Davis es una fina lectora que confiesa haber leído a Beckett cuando apenas tenía trece años y que adora el latín. Es una escritora que cree en el poder de la frase exacta y que, como buena diletante de la música, considera que la lengua es ante todo ritmo. Una virtuosa que hace malabarismos con la elipsis en sus composiciones más breves y que lleva a cabo verdaderos *tours de force* en las más extensas. La artífice de una colección ya notable de *bonsáis* narrativos en los que la perspicacia psicológica alcanza cotas más altas que un baobab. Una cuentista personalísima que abre nuevas sendas en la corriente del minimalismo cultivada por algunos de sus mayores.

Poesía, filosofía, humor. Sírvanse estos elementos bien agitados y he aquí la literatura de Davis. Joyce Carol Oates ha dicho de ella que es “ágil, hábil, irónica y sorprendente”; y en *The Guardian* la escritora y crítica Ali Smith describió sus relatos como una “celebración del pensamiento”. Las suyas son historias que dan una nueva vuelta de tuerca a la narrativa breve, en tanto que consiguen sorprendernos en cada recodo del camino. En sus cuentos hay mujeres que salen de casa gritando sin motivo alguno y que aun así cuentan con la comprensión de sus vecinos, que piensan que todos hemos tenido alguna vez el impulso



acaba resultando, como ha ocurrido antes a menudo, que, después de todo, su decisión era la acertada. O, mejor, que su decisión seguía siendo la equivocada, pero equivocada bajo circunstancias distintas a las circunstancias que en realidad se daban, mientras que era acertada bajo circunstancias que yo no terminaba de entender.

AMIGOS ABURRIDOS

Solo conocemos a cuatro personas aburridas. Nuestros otros amigos nos parecen muy interesantes. Pero a la mayoría de los amigos que nos parecen interesantes les parecemos aburridos: los más interesantes son los que nos encuentran más aburridos. De los pocos que están en un punto intermedio, con los que compartimos un interés mutuo, desconfiamos: tenemos la sensación de que en cualquier momento podrían parecernos demasiado interesantes o, también, que nosotros podríamos parecerles demasiado interesantes a ellos.

VISITA AL MARIDO

Su marido y ella son tan nerviosos que, mientras charlan, no dejan de ir al baño, cerrar la puerta, usar el váter. Luego salen y encienden un cigarrillo. Él entra y orina y ella entra, lo baja y orina. Cuando la tarde se acaba, dejan de hablar

del divorcio y empiezan a beber. Él bebe whisky y ella bebe cerveza. Cuando llega la hora de que ella se vaya para coger el tren, él ha bebido mucho y entra al baño a orinar y no se preocupa de cerrar la puerta.

Mientras se preparan para salir, ella empieza a contarle la historia de cómo conoció a su amante. Mientras habla, él se da cuenta de que ha perdido un guante, carísimo, e inmediatamente, nervioso, deja de escucharla. Sale a la escalera a buscar el guante. La historia está a medio terminar y él no encuentra el guante. Cuando vuelve a entrar en la habitación sin haber encontrado el guante, le interesa aún menos la historia. Más tarde, andando

por la calle, le dice, muy contento, que le ha comprado a su novia unos zapatos de ochenta dólares porque la quiere mucho.

Cuando se queda sola, está tan preocupada por lo que ha pasado durante la visita a su marido que anda por las calles muy de prisa y tropieza con varias personas en el metro y en la estación. Sin haberlos visto siquiera, se les ha echado tan de repente encima, como una fuerza de la naturaleza, que no han tenido tiempo para esquivarla, sorprendida de que estuvieran allí. Algunos se vuelven a mirarla y dicen: “¡Santo Dios!”

Más tarde, en la cocina de sus padres, se empeña en explicarle a su padre algo complicado en relación con el divorcio y se irrita cuando no la entiende, y entonces se da cuenta, al final de la explicación, de que se está comiendo una naranja, aunque no recuerda haberla pelado ni haber decidido comérsela.

DINERO

No quiero más regalos, tarjetas, llamadas de teléfono, premios, vestidos, amigos, cartas, libros, souvenirs, animales de compañía, revistas, tierras, coches, casas, fiestas, honores, buenas noticias, cenas, joyas, vacaciones, flores, ni telegramas. Solo quiero dinero. —

Estos relatos aparecieron en los *Cuentos completos* de Lydia Davis, publicados por Seix Barral en 2011, en traducción de Justo Navarro.

de hacerlo. Hay motociclistas pacientes que compiten en carreras en las que gana el más lento. E individuos que disparan cámaras de fotos sin carrete.

Lo que está claro es que Lydia Davis es una escritora que va por libre. Y es que, como las grandes, Davis solo se parece a sí misma. Claro que si Cheever es el Chéjov de los barrios residenciales, ¿quién es Lydia Davis? La Carver de los pies alados, ¿quién es? —



MICROFICCIONES CUATRO CUENTOS BREVES

LYDIA DAVIS

SU MODO DE LLEVAR RAZÓN
CON FRECUENCIA

Con frecuencia pienso que su idea de lo que deberíamos hacer es equivocada, y que mi idea es la acertada. Pero sé que a menudo él ha acertado antes, cuando yo me equivocaba. Así que lo dejo equivocarse en sus decisiones, diciéndome a mí misma, aunque no me lo creo, que su decisión equivocada quizá sea en realidad la acertada. Y entonces

ESPAÑA

LOS NOMBRES DE LAS COSAS

DANIEL GASCÓN

En Aragón ha habido algunos maestros del absurdo en la pintura, la literatura y el cine, pero la nueva normativa lingüística de la comunidad parece extender esa tradición surrealista a la legislación. La Ley de Lenguas, aprobada el 9 de mayo por las Cortes con los votos del Partido Popular y el Partido Aragonés, habla de la lengua aragonesa propia de las áreas pirenaica y prepirenaica, y de la lengua aragonesa propia del área oriental. No aparecen en la ley



+Construyendo nuevos pisos en la Torre de Babel.

los dos acrónimos que se han hecho famosos, LAPAPYP y LAPAO, pero los largos sintagmas son una forma de no llamar las cosas por su nombre: aragonés y catalán. Pese a su fama de lacónicos, hay aragoneses que pueden decir muchas palabras solo para no decir una. Se argumenta que en localidades de la Franja la gente no piensa que habla catalán, y la nueva normativa permitirá a los ayuntamientos decidir la determinación de su “lengua tradicional”, pero no sé si la tendencia se extenderá y las Cortes de Aragón dejarán en manos de los ciudadanos la potestad de escoger, por ejemplo, el nombre de las enfermedades que padecen. Existe en algunos ámbitos un desdén hacia las lenguas minoritarias, y en ciertos sectores una prevención ante lo catalán, alimentada por contenciosos fronterizos, como los bienes eclesiásticos de la Franja que Cataluña no se decide a devolver contraviniendo siete sentencias, las anexiones pancatalanistas de la zona oriental de Aragón en manuales o la manipulación sistemática de la historia de la Corona de Aragón. Por otro lado, existen intereses comunes y un largo vínculo de admiración y afecto, que se remonta a siglos pero se ha visto reforzado en las últimas décadas: miles de aragoneses

emigraron a Cataluña, y la costa de Tarragona es uno de los lugares preferidos por los zaragozanos en verano: un chiste dice que en Salou los zaragozanos se queman sobre todo la axila, porque se pasan las vacaciones saludando. El cineasta catalán Bigas Luna rediseñó la ofrenda de flores a la Virgen del Pilar. Existe también una comprensión del sentimiento de pertenencia a un territorio.

El desvarío de la Ley de Lenguas parece una copia de las actitudes del nacionalismo catalán: los dos manipulan la realidad e inventan nuevos nombres. Los más entusiastas han hablado, a ambos lados de la frontera, de “genocidio lingüístico”. Los dos niegan su patrimonio: el castellano en Cataluña o la obra de escritores aragoneses que se expresan en catalán, como Jesús Moncada, ganador del Premio Aragón de las Letras. Se parecen hasta en los apóstatas: Pilar Rahola lamenta furibunda que una catalana “traidora” y “patética” como Dolores Serrat, consejera de educación de Aragón, haya sacado adelante la ley, y la Plataforma No Hablamos Catalán dice que Duran Lleida, nacido en una localidad de Huesca, no escribe en tamaritano sino en un catalán salpicado de términos de esa noble variante del LAPAO.

Pocas semanas después de la aprobación de la Ley de Lenguas, se hizo público uno de los primeros actos para conmemorar el tricentenario del final de la Guerra de Secesión, tímidamente titulado “España contra Cataluña: una mirada histórica (1714-2014)” y organizado por el Centro de Historia Contemporánea de Cataluña, que depende del Departamento de Presidencia de la Generalitat, y por el Instituto de Estudios Catalanes. El congreso, que se celebrará en septiembre, tiene por objetivo “analizar con criterios históricos, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, las consecuencias que ha tenido para el país [Cataluña] la acción política, casi siempre de carácter represivo, del Estado español en relación a Cataluña”. Además,

incidirá en los efectos de la represión institucional, política y administrativa a lo largo de los siglos XVIII, XIX, XX y XXI, y destacará, también en este aspecto, la represión militar y la presencia de trescientos años de españolismo en Cataluña. La represión económica y social también subrayará el hecho inmigratorio y la acción de la Iglesia catalana. Otro ámbito de actuación constante del Estado español es la represión lingüística y cultural. Aquí, se incidirá, además, en la falsificación de la historia, la represión sobre los medios de comunicación y la españolización del mundo educativo.

Las veintidós conferencias tienen títulos como “El catastro: el arranque del expolio económico: siglo XVIII”, “La apoteosis del expolio: siglo XXI” o “El hecho inmigratorio, ¿factor de desnacionalización?”. El apoyo de algunos “intelectuales” insinúa que las principales lecciones que se pueden sacar del congreso son sobre la hipnosis colectiva o acerca de la venalidad del mal. No se recurre a la navaja de Ockham sino a su escoba, destinada a apartar los hechos obvios e incómodos. Entre ellos, se encuentra que la guerra de Sucesión no fue un conflicto secesionista o el esplendor, apoyado por decisiones estatales, de la economía

catalana en buena parte de esos tres siglos: aparte del Wonderbra, es difícil encontrar una opresión más favorecedora. Tampoco figura la decisión, en tiempos democráticos, de apoyar los Juegos Olímpicos de Barcelona (cuando un país quiere subyugar a una región, normalmente decide usarla para su presentación en la sociedad mundial, y gastar dinero en infraestructura y promoción), por no hablar de la presentación quintacolumnista del “españolismo en Cataluña” y el tono inquietante con que se aborda la inmigración. Tras una guerra y una posguerra durísimas, algunos familiares de mis abuelos emigraron desde pueblos de Teruel a Zaragoza y otros a Cataluña: parece ser que unos se buscaban la vida y otros estaban desnacionalizando. Los más perversos incluso se casaron con catalanes.

En los últimos tiempos, el embelesador espejo deformante del independentismo tiene una pátina de pseudociencia económica: la pseudociencia es una vieja aliada del nacionalismo y la economía es la ciencia del momento. Si se distorsiona de manera adecuada sirve para presentar a unos seres virtuosos frente a una colección de señoritos y destripaterrones sacada directamente de *Los santos inocentes*. Por supuesto, se puede negociar un nuevo régimen fiscal y avanzar hacia el federalismo, pero para ello conviene limpiar el campo de mitos. Las declaraciones más recientes del presidente catalán Artur Mas señalan que su debilidad política y algunos encontronazos con la realidad han suavizado su ardor: la Unión Europea no le abrió la puerta de casa con un *negligé*, las encuestas indican que puede seguir perdiendo votos y la idea de oponer Estado de derecho y una supuesta voluntad anterior es peligrosa: la democracia es el respeto a los procedimientos. Uno de los problemas de la política sentimental es que es incapaz de tener en cuenta los sentimientos de los otros. Quizá, con rigor, racionalidad, empatía y lucidez, se pueda llegar a un entendimiento. Esperemos que el arrebato mesiánico no haya destruido demasiadas cosas. —



+Luis Landero, contar lo vivido.

LITERATURA “TODA NOVELA ES UNA NOVELA DE APRENDIZAJE”

✎ANTONIO FRAGUAS

Madurar es una forma de quedarse quieto en un sitio, a veces tan quieto como un muerto. Hay quienes, como Luis Landero, nunca lo consiguen del todo. Si uno le quita siete letras a su nombre, se quedará con Lino, el protagonista de la novela *Absolución* (Tusquets). En un juego de muñecas rusas, el treintañero Lino habita en el interior del sexagenario Landero. El escritor conversa hospitalariamente en el comedor de su casa, una fortaleza de librerías de suelo a techo, con los volúmenes ordenados alfabéticamente (los de Proust, desgastadísimos): “He vertido en esta novela todas mis perplejidades, mis dudas, mis comecomes, es un relato sobre el oficio de vivir...”

Premio de la Crítica y Premio Nacional de Narrativa por su primera novela (*Juegos de la edad tardía*, Tusquets, 1989), Landero ha parido un relato depurado —“he intentado escribir de un modo bonito y eficaz”— que recuerda a esas novelas de formación que marcan la vida de jóvenes quizá demasiado sensibles. Con cierto aroma al *Demian* y

a *El lobo estepario*, de Herman Hesse, *Absolución* logra convertir los puentes sobre el Manzanares en territorio mitológico. El relato funciona como un paradójico *Bildungsroman* para treintañeros desorientados y para *culos inquietos* en general. “Ahí tenemos el caso de don Quijote, que con cincuenta años se echa al camino... Y es una novela de formación. Don Quijote y Sancho se ponen a aprender a vivir. Reinician su vida. Toda novela es una novela de aprendizaje. En las novelas y en la vida estamos hasta el final aprendiendo a vivir. La costumbre es el peor enemigo del conocimiento. Rendirse a la costumbre, a los hábitos y a la rutina tiene algo de muerte, de muerte del alma, de muerte intelectual.”

Por el doble filo de la madurez camina Lino, en pos de algo parecido a la felicidad, “la busca en la aventura, en la amistad, en el amor, en el contacto con la naturaleza, en el arte, en el conocimiento...”; preguntándose si para las personas cómo él existe un lugar en el mundo. Landero parece haberlo encontrado: “Hay un momento en que se pacta con la vida. La edad te ayuda a pactar. En un momento dado le dices a la vida: ‘Mira, tú no me jodes demasiado y yo no te pido a ti más de lo que me puedes dar. Vamos a llegar a un pacto de mínimos.’”

En un lado de la blanca hoja de la navaja, las ventajas de hacerse mayor; en el otro, las servidumbres de la inquietud inacabable. Con la mirada, Landero recoge luz de los ventanales de la estancia y la vuelca en el interlocutor. “A mi edad, con 64 años, hay muchas pasiones que se han atemperado, pero claro que sigo siendo inmaduro. Estoy siempre haciéndome las mismas preguntas y no encuentro respuesta a ellas, y sigo buscando y tengo manías que conservo la infancia, que no consigo quitarme. Esto de la madurez por un lado está bien. Con unos valores positivos: la responsabilidad, el tener criterios para hacer cosas, el estar instalado con una cierta armonía en el mundo... pero hasta ahí. Más allá de eso la madurez empieza a ser podredumbre, o algo así.”

Para hallar el punto medio quizá haga falta alguna dosis de autoengaño... “En la vida hay que trampear, joder”, ríe Landero. En la vida y en el amor, una de las obsesiones de Lino... “Todo el amor y su retórica, sus florilegios y las canciones a la luz de la luna están al servicio de la perpetuación de la especie. Ya lo dijo Schopenhauer. Claro que no es solo esto... el amor es ridículo, pero se disfraza de algo sublime y trascendente. Lo decía Machado: el 95% del amor es una invención. El amado inventa a la amada y la amada al amado.” De pronto Landero pone ojos burlones y se carga de ironía: “El amor es maravilloso. Hay que decirlo así. Hay que aceptar las canciones de moda y los boleros.”

Al igual que hay personas que maduran mal, los países también. Y en la novela queda retratada esa España de la especulación inmobiliaria, aquejada de infantilismo: “Los que vivimos la transición pensábamos que todo había cambiado. Nos decíamos: ‘Por fin nos hemos modernizado, vamos a tener gobiernos ilustrados, nos vamos a europeizar...’, y joder: no hemos cambiado, vuelven los viejos demonios, los viejos fantasmas. Aquello que decía Unamuno de ‘me duele España’ que a mí siempre me daba un poco de risa, pues ahora lo empiezo a entender, porque a mí también me duele un poco este país.”

Dice Landero que el hombre es un animal narrativo; que las personas

(quizá también los países) para resultar absueltos de sus errores deben intentar vivir y, sobre todo, contar lo vivido. Lino estaría de acuerdo.

PERIODISMO PARTIRSE LA CARA

MALCOLM OTERO BARRAL

Dedicarse profesionalmente a escribir, sobre todos si se escriben ficciones, es una tarea difícil. Incluso autores que tienen algunos miles de lectores encuentran difícil hacer de la creación literaria un sustento estable y suficiente para mantenerse ellos y sus familias. Una de las opciones más sensatas es, como parece evidente, no hacer de los libros una profesión completa y dedicarse también a otra cosa. Y, aunque hay médicos, ingenieros y abogados, la colaboración periodística ha sido, junto con la docencia, uno de los campos favoritos de los novelistas. De este modo, sumando las colaboraciones, alguna conferencia y los anticipos de sus libros, pueden llegar a cubrir sus necesidades. También eso ha creado una anomalía periodística que está más acentuada en nuestro país que en otras latitudes: la abultada proporción de novelistas

en las columnas de opinión. En algunos suplementos dominicales españoles la proporción es tan alta que cuesta encontrar una columna que no esté firmada por un literato.

¿Y cuál es el problema? Los escritores de ficción manejan una herramienta que ordena de algún modo este caos que es la realidad. Además son, o suelen ser, personas de cierta cultura y a las que se les presupone una aguda capacidad de observación.

En la reciente correspondencia que han mantenido Ignacio Echevarría y Javier Marías al caso de unas declaraciones de Antonio Muñoz Molina en las que este último intentaba ser autocrítico con el papel de la intelectualidad en estos tiempos aciagos y afirmaba que El Roto era el único que había estado a la altura, se discutía el compromiso de los intelectuales ante la penosa situación que vivimos. Personalmente creo que los artículos sobre la crisis, lo injusto de los recortes, la troika, etc., han sido, efectivamente, ineficaces. Pero lo han sido más por hartazgo y por exceso que por falta de compromiso. Cientos de columnistas (y me refiero aquí, claro, a los literatos que copan los medios) han dedicado sus espacios a blandir la espada de los indignados, de los desahucios, de la corrupción y de los dramas que vive



nuestro maltrecho país. Y no. No ha pasado nada. Porque el columnismo ha quemado la opinión sobre estos asuntos reiterando los argumentos hasta el punto que uno tiene la sensación de leer lo mismo una y otra vez.

Aunque hay novelistas-columnistas que tienen un talento muy desarrollado para el análisis de la sociedad, que realmente combinan la creación de una pequeña pieza literaria con la audacia en el análisis y aportan algo con cada artículo, los más hacen uso de un tono blanco. Arriesgan también muy poco cuando se supone que denuncian, porque lo hacen a favor del viento. El tono de las columnas en España es más bien anecdótico y denota pavor a la solemnidad y, en cierto modo, a jugarse la cara por un artículo. Creo que hay excepciones y las leemos cada día. Algunos se han mojado con asuntos complejos como el nacionalismo, en el que, por definición, pones al lector a favor o en contra. Otros nos dan a diario una visión realmente diferente sobre lo que ya parecía trillado en los medios. También están los casos como el de Muñoz Molina, al que Marías afeaba su dedicación a cuestiones de índole cultural, que son un ejemplo de generosidad y de compromiso. Porque compromiso es también escribir una pieza sobre un documental de Carlos García-Alix, sobre las pinturas de Caravaggio o acerca de la figura de Cynthia Parker. Es un compromiso con la cultura, más allá de la agenda que manda la industria e, indudablemente, sus artículos aportan y en ellos se aprende. No es el único. Andrés Trapiello hace lo propio en otro periódico y algunos otros también. Ese es el compromiso que habría que buscar. El de que no supieras a la primera línea lo que va a decir el columnista y el de que no supieras de antemano lo que vas a leer. Pero también el de que al que escribe no le importara incomodar, cabrear o mojar. Lo demás es rellenar texto.

El origen de este problema, obviamente, está en los editores de los periódicos. Reparten el espacio de las columnas (en fin de semana esto ya es escandaloso) por una suerte de *ranking* de popularidad cultural, por



Action Comics núm. 22 (cc Comics)

nombradía. No parece que los periódicos importantes estén buscando a un columnista que diga cosas nuevas, que se arriesgue y que mejore el nivel periodístico. Más bien, en cuanto queda una vacante, se le otorga al escritor —posiblemente premiado— que está en alza. En muchos casos, sin que haya escrito línea alguna en los medios. Nadie se salva. Todos los periódicos caen en este sistema de fichajes en el que, imagino, alguien se cuelga una medalla por haber convencido a un literato en alza para que colabore regularmente. Es más fácil y parece que así incorpora prestigio a su elenco de firmas. Y aquí volvemos al inicio y al origen del problema. Los escritores de ficción no son necesariamente buenos en las lides periodísticas, ni es inherente a su condición el que estén dispuestos a arriesgarse al descrédito y al juicio ajeno por un textito de mil palabras. Es más prudente seguir el rumbo común cuando es política y buscar algo simpático y anecdótico cuando no lo es. Total, su carrera no es esa. La prensa sirve, además de para alimentarse, para aumentar su presencia pública.

Por supuesto, sería injusto negar competencia o legitimidad a los escritores que hacen de opinadores, pero hay que poner en cuestión el modelo de su selección y combatir la inanidad que contamina la opinión en nuestra prensa. Sin contar con que muchas veces, quizás por una sequía de ideas, estos espacios son vehículos de pequeñas corruptelas en las que

se acaba escribiendo del restaurante de un amigo o devolviendo alguna lisonja.

En definitiva, no es que les falte compromiso a los columnistas, lo que faltan son los columnistas mismos. Y la responsabilidad, otra vez, es de los que dirigen los medios sin atender a lo que se dice sino a quien lo dice y subvirtiendo el sentido mismo de la existencia de la prensa.

CÓMIC SUPERMAN, HEROE SOCIAL

EDUARDO HUCHÍN SOSA

Era junio de 1938 cuando los puestos de revistas exhibieron una imagen insólita: un hombre con capa y una *s* estilizada en el pecho levantaba sobre su cabeza un automóvil, ante el horror de algunos testigos. La ilustración correspondía a la portada de *Action Comics* número 1, una revista mensual dirigida a niños y jóvenes, y aquel hombre de fuerza inusitada era nada menos que el tipo destinado a inaugurar todo un género en el mundo de las historietas. Con la creación del superhombre que atiende los problemas de una ciudad —y posteriormente de una nación y del planeta— el guionista Jerry Siegel y el dibujante Joseph Shuster popularizaron cierta idea de justicia inseparable ya de los poderes sobrehumanos y un guardarropa extravagante.

Identificado en numerosas ocasiones como una “encarnación” del Imperio, olvidamos que en sus inicios Superman combatió los males que suelen asociarse al capitalismo. En 1938 –cuando Estados Unidos todavía se encontraba sumido en la crisis económica–, los lectores de *Action Comics* podían fácilmente identificar el Mal con un grupo de gente ambiciosa que había llevado a la población al desempleo. Para Grant Morrison (*Supergods*), Superman “fue una respuesta humana y audaz al miedo ante los avances tecnológicos desbocados y el industrialismo desalmado de la Gran Depresión”. Eso lo llevó a tener, muy al principio, una suerte de agenda socialista.

El catálogo de injusticias que atiende el héroe en los primeros números de *Action Comics* así lo corroboran: en el número de abril de 1939, Superman le da su merecido a una camarilla de inversionistas que habían vendido acciones sin valor. Para lograr su cometido, bajo el nombre de Homer Ramsey, compra todas las acciones; después ya como Superman perfora él mismo un pozo en apariencia inservible para hacerlo productivo, de nuevo en el papel de Ramsey vende de nuevo las acciones a los defraudadores y finalmente como el hombre de acero destruye el pozo petrolero. A primera vista parece un sistema demasiado embrollado de impartir justicia, pero explícita, en su constante cambio de vestuario, la ilusión de que cada quien puede recibir lo que se merece. En el número de mayo de ese año, Clark Kent descubre que un amigo suyo del periódico ha sido atropellado impunemente por un automovilista. Llama al intendente para preguntar por qué la ciudad tiene uno de los peores tráficos del

país y el intendente responde: “Es terrible, pero ¿qué podemos hacer al respecto?” Superman decide hacer ese *algo*: toma por asalto una estación de radio y, al aire, le declara la guerra a los conductores imprudentes y a los fabricantes de carros de mala calidad. Después de destruir un centenar de autos, abrir caminos y poner fuera de circulación a los conductores borrachos, Superman secuestra al intendente y lo lleva a la morgue para que vea todos esos cadáveres, producto de malas políticas de viabilidad. Horas más tarde, el servidor público anuncia una campaña efectiva para atacar el problema.

El Superman de esos años –en los que los números de *Action Comics* se alternaban con aquellos dedicados exclusivamente al héroe de acero– parece confirmar que cualquier injusticia particular tiene como último responsable a un sistema que ha permitido que esa injusticia se desarrolle, ya sea en forma de casas de juego que arruinan a los ciudadanos (septiembre de 1939), obreros que son asesinados a fin de retrasar una construcción (octubre de 1939) o como hipoteca que dejará fuera de funciones a un albergue para chicos desamparados (agosto de 1939). Incluso el Ultra-Humanita, un villano calvo en silla de ruedas que pretende conquistar al mundo gracias a su inteligencia hiperdesarrollada, se presenta a sí mismo como el “jefe de un extenso grupo de empresas malvadas”, lo cual se ajusta a la idea de que la dominación planetaria necesita de inversores para poder llevarse a cabo.

Todavía en las historietas de 1940, el ideario de Superman puede congeniar con el conflicto armado que se venía desarrollando en Europa: en

Action Comics número 22 Clark Kent y Lois Lane aprovechan su condición de periodistas para cubrir la guerra entre las imaginarias naciones de Toran y Galonia, cuya paz se logra cuando Superman pone en evidencia que la guerra es promovida por una fuerza externa: un loco brillante, y todavía con cabello, llamado Luthor. Sin embargo, para 1942 –con Estados Unidos metido en el conflicto–, el acercamiento es menos humanitario: en *Superman* núm. 15, correspondiente a marzo/abril de ese año, el superhéroe advierte que uno de los barcos de guerra estadounidenses ha sido saboteado y decide reparar el daño, pero en ningún momento arguye la importancia de socorrer a la tripulación: “Si no actuó rápidamente”, dice el héroe mientras se dirige a toda velocidad hacia la nave, “los muchos millones de dólares invertidos en ese barco terminarán en la basura”. Sus prioridades, como puede observarse, habían cambiado en poco tiempo.

Si, como dice Grant Morrison cada generación ha tenido que reinventar a Superman, eso supone también reinventar a sus enemigos. Modificar su idea de mal y de la porción de humanidad a la que vale la pena ayudar. Que Superman haya pasado de destruir máquinas tragamonedas a destruir tanques enemigos muestra un cambio de época y nos hace ver con nostalgia aquellas aventuras iniciales donde el hombre de acero consideraba importante salvar un albergue del embargo y donde el método más adecuado para lograr tal propósito era protagonizar una suerte de maratón de beneficencia: socorriendo millonarios, aceptando donativos, rescatando un tesoro del fondo del mar. Así, hasta reunir dos millones de dólares. Qué tiempos aquellos. –



<http://letraslib.re/16eoloc> En pantalla

El ocaso
de los
superhéroes
Luis Resendiz